

Puntos de fuga

La patria, lo nuestro

PAULA B. ALTAYRAC

Comienzo a escribir estas líneas en la víspera de la celebración del 9 de julio, día de la Independencia Argentina. Resulta esencial pensar en todas las vicisitudes que sufrió y sufre nuestro país, siempre a merced de dos movimientos opuestos que asumieron el gobierno alternativamente (ya sea por la vía democrática o mediante golpes de Estado) y que se suceden desde el mismo momento de la Revolución de Mayo, y quizás desde antes también. Así, a la Revolución de Mayo, le sigue un período que va del año 1820 al 1827, la *Contrarrevolución*, en el que se retrocedió en materia de independencia y soberanía, aprovechando el poder para beneficiar a Inglaterra pidiendo préstamos –el famoso empréstito a la Baring Brothers de 1824- y comprometiendo recursos.

De allí en adelante, la historia argentina parece haber recorrido un camino de idas y vueltas en un sentido y otro: el que ha pugnado por cuidar lo nacional, devolverle el poder al pueblo, la redistribución de la riqueza, el desarrollo de la industria nacional y la integración latinoamericana y otro opuesto que ha tendido a la concentración de riquezas, la conservación del poder en las mismas manos (familias patricias, empresas transnacionales), el desdén por la soberanía nacional y el afán privatizador.

A partir de esta introducción, me propongo trabajar acerca de qué reúne a quienes habitamos un país en un sentimiento de pertenencia a la patria, o como lo identifico en muchos movimientos a lo largo de la historia, qué no logra esa reunión.

Política soberana o colonia: dos movimientos opuestos

Desde el inicio de la historia de nuestro país aparecen personas como San Martín y Belgrano que creían en el poder del pueblo y en la construcción de una Patria libre y soberana, en un movimiento independentista y, en oposición, otro grupo como Rivadavia que, sirviéndose del poder que detentaba, hacía negocios y buscaba enriquecerse, comerciando con naciones imperialistas como Inglaterra. La tendencia a poner el acento en el comercio con Inglaterra y posteriormente, Estados Unidos, fue acompañada con la apropiación de las tierras, la aniquilación sistemática de los pueblos originarios, la concepción de qué tipo de país debíamos ser, basando el modelo en un esquema agroexportador comerciante con una nación monopólica.

Esta concepción de país, al servicio del poder extranjero no es exclusiva de la Argentina. En este sentido, nuestra nación no tiene una mayor singularidad en cuanto a esta cuestión ya que esto mismo ocurrió en toda Latinoamérica. El panorama en toda la región es más o menos el mismo: países agroexportadores, monoprodutores para exportación a un solo país (imperialismo británico en Sudamérica y estadounidense en el norte) y totalmente a merced del precio de exportación, de modo que cuando cae el precio de la materia prima, el país se empobrece.

Así, este plan que afectó a toda la región implicó un despedazamiento de América Latina para convertirla en 20 países dependientes. Y esto con la complicidad de los propios dirigentes.

Ante este panorama, me propongo trabajar brevemente la noción de “patria”, entendiendo que si hablamos de ella, es porque sus integrantes conforman un colectivo heterogéneo pero que asumen el lugar donde viven como propio. De modo que allí me surge una primera pregunta que orienta el recorrido que propongo hacer: ¿De dónde viene el amor por la patria? ¿Por qué fenómeno o multiplicidad de fenómenos se ha dado que, en diferentes momentos históricos, dirigentes y sus votantes estén de acuerdo en vender y hasta regalar nuestros propios recursos? A mi entender, la lógica de querer mantener sus negocios, no alcanza para explicar que un pueblo elija en contra de sus propios intereses.

Amor a la patria, posibilidad y obstáculos

El diccionario de la Real Academia Española define “patria” como: “tierra natal o adoptiva ordenada como nación, a la que se siente ligado el ser humano por vínculos jurídicos, históricos y afectivos”.

Me encontré hace poco con un relato que contaba el encuentro del escritor Jorge Luis Borges y Atahualpa Yupanqui en el que mantuvieron una charla acerca de qué era para cada uno un “amigo” y Yupanqui, a su turno comentó que la mejor definición se la había dado su tío y era la siguiente: *“el amigo es uno mismo en el cuero ajeno”*. Borges sorprendido exclamó que esa definición se le tendría que haber ocurrido a él mismo a lo que Atahualpa le explicó por qué no se le podría haber ocurrido: “Porque usted es un erudito y no es paisano. Paisano es el que lleva el país adentro”.

Siguiendo esta idea, quienes comparten una patria debieran estar unidos por el amor a ésta. Y en este recorrido entonces, de lo que se trata es de ir hilvanando ideas acerca del lazo que une a los paisanos con su país y entre sí. Giorgio Agamben, al referirse a la amistad, habla de “compartir la pastura” y “formar parte de lo mismo” (1).

Ahora bien, por diferentes motivos esta idea de formar parte de lo mismo no ha alcanzado para que en el caso de nuestro país podamos hablar del amor a la patria.

En nuestro imaginario social, muchas veces se suele asociar la falta de nacionalismo, con la idea de que los argentinos “descendemos de los barcos”. Y esto no es algo casual. Se trata de un intento deliberado por ponerle fecha a nuestro origen en la llegada de la inmigración, borrando de un plumazo años de historia de nuestros pueblos originarios. No elijo esta expresión “plumazo” de manera casual. Quienes se ocuparon de escribir la historia para su enseñanza, Domingo Faustino Sarmiento y Bartolomé Mitre, se encargaron muy bien de borrar la identidad de los pueblos originarios y de mostrarlos permanentemente como amenaza al orden y la civilización. De esta manera se pretendió fundar esta suerte de nación blanca, urbana y con aires europeos en la que desentonaban los gauchos y los pueblos originarios. Las expediciones al desierto, en este sentido fueron el intento más sanguinario de borrar la herencia recibida.

Sobre la base de una de las zonceras tan bien abordadas por Arturo Jauretche (2), de que la civilización era aquella proveniente de los descendientes europeos y no de los nativos, se intentó gestar una sociedad a imagen y semejanza de la Europa tan admirada por una parte importante de quienes forjaron nuestro país. Quizás por este motivo, siempre se haya visto con tan buenos ojos todo lo que el imperio ordenara y que desde determinados sectores de los poderes reinantes no se pensara en buscar ser independientes y cuidar los intereses que pudieran hacer de nuestra Patria una nación libre y soberana, con la excepción de momentos históricos que fueron en contra de estos intereses y que entonces sufrieron persecuciones y proscripciones.

De lo que se trata entonces, en esta escritura de la historia para fundar esta suerte de nación blanca y europea es de sostener un ideal civilizado y superior pero que, basado en una falacia, resultó en un obstáculo para la construcción de *lo nuestro*. Si de lo que se trataba era de emular lo que más se admiraba de Europa, dejando de lado lo que nos hacía diferentes, el mestizaje, la adquisición de nuevas costumbres y que de allí surgiera algo nuevo y distinto, esto provocó un vacío en relación al sentimiento de una *argentinidad*, como conjunto homogéneo que pudiera representar a todos y fundara una identidad propia. Ni tampoco pudo instituir simbólicamente un sentimiento de pertenencia, de comunidad, de amor por lo propio, lo nacional. Y esto, sobre la base que para hacerlo, optó por dejar de lado todo lo que entrara en conflicto con sus ideales civilizadores.

Entonces, ¿De qué *argentinidad* podemos hablar si se intentó forjar una identidad dejando por fuera todo lo que no fuera europeo y blanco? Basta recordar los nombres que se le asignaron a los diferentes grupos de pobladores de nuestro país: peninsulares, criollos, mestizos, mulatos y zambos. El hecho de tener que nombrar a esos grupos diferentes implicó otorgarles diferente estatus social de acuerdo al color de la piel y su ascendencia y entonces, no se pensó nunca en un elemento en común que buscara reunir en la diferencia.

Al tomar el tema de lo nacional, conviene recordar que este concepto surge de la organización de las regiones en países más o menos organizados desde finales del Siglo XVIII. En ese intento de estructuración de las naciones, el nacionalismo apuntó hacia el desarrollo y el mantenimiento de una identidad nacional basada en características compartidas como ser la cultura, el idioma, la etnia, la religión, objetivos políticos o la creencia en un ancestro común. Es entendible entonces, en este sentido, el intento de la aristocracia argentina de edificar una identidad propia a pesar de que ésta se base en la falacia antes explicada.

No obstante, este intento de fundar la identidad nacional contrasta con la posición que han adoptado ciertos gobiernos (ya sea democráticos o de facto) que, con maniobras más o menos sofisticadas, legales o ilegales han procurado vaciar el país, a veces, incluso, modificando el marco legal para poder hacerlo impunemente. A diferencia de lo que se observa en otros países donde sí pareciera haber cierta “identidad” o “idiosincrasia” que define qué es lo propio y qué es el otro, y que traza entonces un límite claro entre los intereses propios y los ajenos.

Pareciera entonces, que la ausencia de esta *conciencia de lo nuestro* ha hecho que aún hoy ciertos sectores del pueblo no vean como una alarma que se tomen medidas en detrimento de lo nacional.

Dos modos de pensar lo que reúne: llevar el país adentro y formar parte de lo mismo

Ambas ideas me resuenan en el punto de qué nos reúne como miembros de una comunidad de argentinos, si decimos que no existe tal cosa como un conjunto homogéneo que pudiera nombrar la *argentinidad*. No nos unen nuestros orígenes, tampoco parece unirnos un modo de pensar el modelo de país que queremos. Luego de más de 200 años de historia esta discusión no parece estar zanjada. De todos modos, aún sin consenso en varias cuestiones, existen expresiones ideológicas, basadas en un mínimo de acuerdo en las que se ve reflejada la idea de *llevar el país adentro, formar parte de lo mismo*, la de lograr una mayor inclusión con una aspiración a reducir las desigualdades del pueblo, a crear un nosotros que nos reúna.

Entonces, la ausencia de una idea rectora que aúne en esta *conciencia de lo nuestro*, no ha impedido el surgimiento de diferentes colectivos que buscan discutir la política, verdadero triunfo del acercamiento del pueblo a defender *lo propio*.

Y es que en estas manifestaciones espontáneas, ya sea en pequeños grupos que se reúnen con el fin de discutir proyectos e ideas, o se trate de grandes manifestaciones en la calle, vemos que lo que

reúne, de alguna manera cobija, en el sentido de proporcionar un lugar de pertenencia, un común que hace surgir, momentáneamente, un *nosotros*.

Hoy, muchos de nosotros en la calle, unidos no tanto por lo que queremos sino por lo que no queremos, cada uno atravesado por su propia historia, por sus experiencias, por las reminiscencias del 2001 unos, por la coyuntura actual otros, nos reunimos con alguna que otra consigna en común. No somos una masa, no nos pretendemos iguales, pero sí estamos juntos y así entonamos el Himno Nacional Argentino, expresando el deseo de una Patria libre donde haya lugar para todos. Hoy nos congregó el deseo de estar ahí con el impacto que tiene en la singularidad de cada uno. (2)

No tengo una respuesta acabada respecto a mi pregunta inicial de qué es lo que reúne, hay reunión de singularidades que quizás, en algún momento, lleguen a conformar un nuevo colectivo. Y es en esto que reúne espontáneamente, por ahora en las calles y en pequeños lugares de convergencia, que entiendo un modo de resistir a la idea capitalista de la no política y del individualismo que todo el tiempo acecha desde el discurso neoliberal. Asistimos a otro modo de reunión, algo que reúne cada vez y luego, el tiempo dirá si de ese hecho político emerge algún modo de reunión más estable.

Entonces, si todavía en ciertos sectores del poder en nuestro país, no parece haber un sentimiento nacional, difícilmente se piense en cuidar lo que no puede sentirse como propio. La esperanza, entiendo entonces, viene por el lado de que allí donde el status quo falló en aunar al pueblo porque pretendió borrar las diferencias, surgen colectivos espontáneos que buscan lograr un país inclusivo, plural y nuestro. ■

Notas

(1) Agamben, G., *La amistad*, en “En el margen”, revista de psicoanálisis, disponible en el siguiente link: <https://enelmargen.com/2018/01/09/la-amistad-por-giorgio-agamben-traduccion-de-flavia-costa/>

(2) Jaureche, A., *Manual de zoncetas argentinas*, Corregidor, Buenos Aires, 2016.

(3) El artículo fue escrito luego de la manifestación del 9 de julio de 2018, en repudio al acuerdo del gobierno con el Fondo Monetario Internacional.

(4) Galasso, N., *Historia de la antipatria financiera*, entrevista en tres partes en www.youtube.com.

(5) Alemán, J., *Para una izquierda lacaniana... Intervenciones y textos*, Grama Ediciones, Buenos Aires, 2009.

Agradezco la lectura cuidadosa así también como las sugerencias y aportes teóricos de Gabriela Mercadal y Marcelo Altomare para posibilitar que la escritura de este texto avance.

El presente texto ha sido publicado en el No. 8 de la revista de Centro Dos, Nudos en psicoanálisis:
www.revistanudos.com.ar